

Pensando la educación física desde Merleau Ponty

Miramontes, Jorge

jomiramontes@gmail.com

UMET (Universidad Metropolitana de Educación y Trabajo)

Resumen

El propósito de este trabajo consiste en analizar críticamente la educación física utilizando la potente obra de Merleau Ponty como herramienta de análisis, la cual nos abre la posibilidad de repensar desde otros ángulos muchas cuestiones dadas como verdades irrefutables, como parte del sentido común en el área. ¿Por qué creemos que nos sirve traer a escena a Merleau Ponty? En principio porque propone una filosofía del cuerpo, alejándonos así de la primacía de la conciencia y del sobrevuelo. Por otro lado porque es una filosofía del nosotros, un pensamiento de lo común, lo que nos permite desprendernos de la centralidad del individuo e instalarnos en el horizonte de lo común. Nos valemos para ello de su concepto de quiasmo, tan útil para demoler todo dualismo fragmentador y dicotómico por un lado, y para, desde su ontología de lo sensible, visitar desde nuevos enfoques las concepciones de la corporalidad, el espacio, el tiempo y la motricidad.

Palabras claves: Merleau Ponty, educación física, quiasmo, corporalidad

Introducción: Desde el Pliegue

La obra de Merleau Ponty, si asumimos la audacia de ingresarla en el campo de la educación física, se convierte en una suerte de ballesta que acomete contra muchos de los sentidos impuestos. Subvierte, desestructura, interpela y desestabiliza supuestos que están tan adheridos a la matriz del área que creemos constituye un viento renovador, sanador, que nos obliga a volver a pensarlo todo.

Por supuesto que los senderos son muy diferentes a las grandes autopistas de los paradigmas hegemónicos; aquí la huella apenas está demarcada, existen obstáculos, bifurcaciones que generan dudas, poca luz y nula señalización. Pero qué puede ser más excitante que las sendas inexploradas. Y este trabajo no es otra cosa que una invitación a compartir la travesía. Vayamos por allí entonces.

La Carne, el Cuerpo, el Espacio y el Tiempo

La obra de Merleau Ponty de alguna manera bucea sobre las sombras que el pensamiento husserliano de la fenomenología va dejando como estela. Este rastreo deriva en una ontología del

hombre sensible, que va alejándose de la centralidad de la conciencia, de la que la fenomenología de Husserl parece no poder despegarse. Y este ser sensible se inserta en un mundo de manera plena y sin aduanas ni distancias. Ingreso que establece una coimplicación con el otro, con el espacio y el tiempo, que hace estallar cimientos sólidamente establecidos, invisibles de tan sólidos, y con ello gran parte de su poderío.

La primera idea que viene a cuestionar y que sin duda ha sido y aún es pilar constituyente, cimiento estructural, tiene que ver con la dualidad cartesiana paradigmática en el pensamiento occidental moderno. La dualidad dicotómica cuerpo-mente, o cuerpo-alma, la división de la *res cogitans* y la *res extensa* se parapeta como una realidad indubitable que traza los rastros que ha de seguir la educación física con un dogmatismo digno de mejores causas. Y desde esa lógica, ese sujeto, devenido racional, universal, trascendente, se aleja del mundo que lo contiene y mira desde las alturas de su condición racional. Mirada de águila nos dirá Merleau Ponty (2010). De esta manera va a intentar romper con esa suerte de binarismo fragmentado y fragmentador que provoca esa hendidura irresoluble y extrema. Y va por el contrario a pensar la dualidad sin dualismos, a pensar desde el quiasmo (M. Ponty, 2010, Horenstein, 2013). Es decir, desde la coimplicación de los elementos, que se requieren mutuamente y a la vez se exceden, y que conforman un dispositivo siempre abierto y nunca sintetizado.

El pensamiento ortodoxo suele pensar el dualismo en términos de exclusión. Así, pensar en cambio desde el quiasmo supone situarse alejado tanto del dualismo dicotómico como del monismo sintetizador y totalizador. Esto no implica pensar en elementos que se contraponen o yuxtaponen, ni tampoco en una tercera entidad que los une ya sea el monismo teológico-metafísico o como reunificación posterior, fruto de un monismo dialéctico de cuño hegeliano. Se trata en cambio de posicionarse en la relación, la tensión, el hiato, en el “entre”. Pensar desde el quiasmo, retomando su significado lingüístico, significa dar cuenta del entrecruzamiento que no anula los polos, sino que los compone en un sentido que va más allá de cada uno de ellos. Complementación plena y engarce. No hay así ni exclusión ni antagonismo, sino apoyo mutuo, circularidad entre los pares de la dualidad. Hay, dirá, entrelazo.

Ese cuerpo (carne) que los biologicistas objetivaron y mecanizaron como una pieza más de una maquinaria, ese cuerpo que tenemos como un resto de aquello que nos constituye verdaderamente como seres humanos, la *res cogitans*, es puesto por el fenomenólogo francés en un plano

absolutamente diferente. En una relación quiasmática que rompe tanto con los enfoques empiristas como con los racionalistas. Ese cuerpo es objetividad y subjetividad, es aquello que nos interna en ese mundo que lejos de ser comprendido como un sistema de coordenadas euclidianas, es un espacio repleto de proyectos, intenciones, protenciones, que significan y dan coloratura a lo existente. Donde antes se veían líneas geométricas, coordenadas, ahora vemos horizontes e intencionalidades. No hay aquí lugar para el realismo en la medida que éste no da cuenta de que en aquello que nosotros conocemos ya viene incorporada nuestra percepción. No hay posibilidades de acceder al objeto crudo, desnudo, porque desde siempre está envuelto por nuestra mirada. “Lo que hay son cosas que no podemos ver desnudas porque la mirada misma las envuelve, las viste con su carne” (Merleau Ponty, 2010, p.164). Tampoco el idealismo, en donde pareciera que el cogito pasa a serlo todo. Desde esos abordajes puramente eidéticos, se borra ese mundo vivido, antepredicativo que percibimos. Invisibiliza ese abordaje perceptivo, inmediato con el mundo y lo reduce a parte del acto consciente. Pero esa reducción a la conciencia advierte Merleau Ponty, siempre es conciencia de algo que no es lo conocido. Siempre hay una experiencia del mundo prerreflexiva, inmediata, que excede el acto del cogito, que no se ciñe con exactitud al acto reflexivo. Sin que esto implique irracionalidad. Hay un salto, un hiato, una distancia.

Si bien la dialéctica de alguna manera intenta superar esa polarización y da cuenta de ese movimiento, de ese devenir entre el sujeto y el objeto, en la medida en que lo reifica, en cuanto lo sintetiza, se pierde también en una errada dialéctica, se desencarna y se congela. Y en esa ilusión de un momento final de totalización de lo Uno, naufraga. Merleau Ponty sugiere que se requiere en cambio preservar ese movimiento, ese fluir vital, ese desliz constante que nunca se supera, que jamás se sintetiza, porque en esa perpetua relación irresuelta está su ser. Desde esta lógica, la motricidad es siempre intencional, antepredicativa, prerracional, y se mueve no en un espacio topológico, sino en un espacio vivido, pleno de significación e intencionalidad. En un espacio de acción, en el cual los objetos lejos de ser inertes, despliegan señales que incitan a la acción.

Así, todo movimiento humano es movimiento proyectado, previamente significado y anticipado, pero no por una acción reflexiva sino por una intencionalidad operante (Merleau Ponty, 1993, Arias García, 2019, Mariscal, L. 2013). En la medida en que somos una corporalidad en el mundo no somos una conciencia reflexiva y solitaria sino un “campo del ser” (Merleau Ponty, 2010).

Mi piel deja de ser esa muralla, esa frontera con el mundo exterior, para transformarse en el puente que me une. La corporalidad no es un repliegue sobre sí, sino una abertura, un pliegue al mundo. Las cosas nos vienen envueltas en una intencionalidad que hace imposible separación alguna. Mundo y cuerpo están entrelazados por esa intencionalidad que dibuja el paisaje. Por eso es que podemos de hablar de un cuerpo vivido antes que conocido, y no solo eso, sino que es necesario pensar en términos de cuerpo entre cuerpos, intercorporalidad que otorga sus múltiples intencionalidades. Y es una sensibilidad anónima, impersonal, no pensada, una relación inmediata con el mundo y en el mundo. El ser sensible es génesis de toda subjetividad y toda objetividad, de toda realidad y toda verdad. Es la fragua del mundo. Indudablemente la filosofía del Merleau Ponty es también una “filosofía del nosotros” y esto también, creo, habilita interesantes derivaciones, que en este trabajo no abordaremos por la imposibilidad de abordarlo en su debida complejidad. Es en ese sentido que Raúl Gómez va a afirmar “el origen social de la motricidad voluntaria” (2012).

En ese mismo sentido, en esa línea interpretativa no puedo dejar de traer al Deleuze spinoziano cuando afirma en un ejemplo, y de manera maravillosa, esta condición en la que logramos esta comunión entre el cuerpo y el mundo:

(...) Si al contrario sé nadar, eso no quiere decir forzosamente que yo tenga un conocimiento matemático o físico o científico del movimiento de la ola. Quiere decir que tengo un saber hacer, un sorprendente saber hacer; tengo una especie de sentido del ritmo, de la rítmica... Esto ya no sucede entre la ola y yo. Sucede entre relaciones: las relaciones que componen la ola, las que componen mi cuerpo, y mi habilidad, cuando sé nadar, de presentar mi cuerpo bajo relaciones que se componen directamente con las relaciones de la ola. Me hundo en el momento justo y salgo en el momento justo; evito la ola que se aproxima o, al contrario, me sirvo de ella. (1980, p. 135-136)

Las consideraciones sobre el espacio desde esta perspectiva también se alteran. Si el ser es estructura, entonces la espacialidad es ontológica; no es una construcción del sujeto pensante. No es una espacialidad objetiva, exterior a quien la percibe. Tampoco es el espacio espacializante, casi una creación del sujeto constituyente, sino un espacio fenoménico, o perceptivo, espacio de la corporalidad o la carne. Un espacio activo que no es ajeno al cuerpo pero que tampoco es una categoría a priori. Esa espacialidad concreta que no es ni objetiva ni subjetiva, sino que es una espacialidad encarnada. Porque el Ser es espacial, es decir es su espacialidad, su posición, sus relaciones, su lugar. Lo toma como espacio propio, se hace uno con el espacio, hay una armonía que hace casi indistinguible ese

cuerpo y ese espacio en el que está inserto con la misma carnalidad. El espacio adquiere sentido cuando el sujeto se compromete con el mundo. “El espacio —dirá Merleau Ponty— corporal y el espacio exterior forman un sistema práctico” (1993, p.119).

Así, esta orientación en el espacio es un proceso práctico, corporal e inconsciente. (Mariscal, 2013, Bourdieu, 2007). Y para ello debe haber una habituación con la situación. El hábito supone una reconfiguración total del esquema y la acción corporal y del mundo que le es colindante. Estamos pensando en un espacio intensivo, expresivo y no en un espacio extensivo y geométrico y eso dota al espacio de cierta temporalidad, que funde espacio y tiempo en esa profundidad, en ese entrelazo. Absoluto abierto. Desde esta composición, el sentido de las cosas se constituye ante nuestros ojos, ante nuestras manos, no es algo que ponemos o proponemos, Lo real es la unidad inmediata y total del sentido y la existencia, y de un sentido plenamente encarnado, diluido, esparcido, inseparable de la complejidad concreta en que se manifiesta. El mundo como inacabado; el mundo real como abierto e inacabado. Inacabado por ser real, y real por inacabado, Donde lo invisible y lo visible se codeterminan. El mundo, en definitivo, es el escenario de nuestra vida.

Por otro lado, el tiempo, como no podría ser de otra manera, también pasa a plantear una escena absolutamente diferente a la hegemónica. El tiempo es algo que se deshace y se rehace. La protención husserliana significa esa ligazón de la conciencia a un horizonte de expectativas, a un futuro y a un posible cumplimiento. Nuestro abordaje al mundo está teñido de ese horizonte de expectativas (protención), que es a la vez producto de la retención, o sea de un pasado que direcciona nuestra percepción de las cosas. Así, la conciencia se da en ese juego y en esa relación entre retención y protención. La conciencia es entonces continuidad retencional y a la vez continuidad protencional. El tiempo no ya entendido en términos cronológicos sino como un flujo actual, o una actualidad fluyente. El tiempo como *Aión*, y no como *Chrónos*. O más bien como un entrelazo entre ambos. Es decir, como un quiasmo.

Referencia

Arias García, B. (2019). *La intencionalidad operante en Merleau-Ponty. Contrastes*. Revista Internacional de Filosofía, [S.l.], v. 2, mar. 2016. ISSN 2659-921X. Adriana Hidalgo.

- Battán Horenstein, A. (2013). *La centralidad de la noción de esquema corporal como quiasmo de espacio y movimiento*. En *Investigaciones Fenomenológicas*, n 10, 2013, 15-32. E-ISSN:1885-1088
- Bourdieu, P. (2007a) *El sentido práctico*. Siglo XXI editores.
- Deleuze, G. (1980). *En medio de Spinoza*. Cactus.
- Gomez, R. H. (2012). Del movimiento a la acción motriz: Elementos para una genealogía de la motricidad. *Educación Física y Ciencia*, 14, 49-60. *En Memoria Académica*.
http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.5666/pr.5666.pdf
- Mariscal, C. (2013). La «intencionalidad» y el cuerpo. Consideraciones sobre la teoría del «habitus» en Pierre Bourdieu. *X Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales*, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires. <http://www.aacademica.org/000-038/548>
- Merleau-Ponty, M. (1971). *La prosa del mundo*. Taurus.
- Merleau-Ponty, M. (1993). *Fenomenología de la percepción*. Planeta.
- Merleau-Ponty, M. (2010). *Lo visible y lo invisible*. Nueva Visión. Buenos Aires
- Ramírez, M. (2013). El pliegue y el quiasmo. Merleau-Ponty y Gilles Deleuze. *En Eikasia: revista de filosofía*, ISSN-e 1885-5679, N°. 49, 2013, págs. 249-2